



1 / Guayaquil
 II semestre 2018
 ISSN 2631-2824

La irrealidad y nada más
 que la irrealidad:
 Breve muestra del
 nuevo relato fantástico
 ecuatoriano

79

Solange Rodríguez Pappe

La historia de la literatura de un país es también la historia de su imaginación. Estando ya bastante adentrados en el siglo XXI, donde pareciera que el desarrollo de las ciencias, con su racionalidad, tiene bajo control las preocupaciones humanas, los narradores de esta selección han preferido inspeccionar intersticios donde pueden adivinarse las formas inquietantes de lo fantástico y han escrito sobre ellas, subvirtiendo aquella idea extendida de que en Ecuador —y en toda América Latina—, sus au-

tores aún no han podido desprenderse de la marca de una literatura sentenciada a representar fielmente la realidad ya que aún continúa comprometida con la denuncia social.

¿Qué ha motivado a la literatura nacional actual aceptar con un renovado entusiasmo las historias fantásticas? Una explicación puede ser el debilitamiento progresivo de la fuerza de la realidad como parámetro determinante para comprender el mundo. La premisa que gobernó la influyente obra del grupo Guayaquil: «la realidad y nada más que la realidad» y que condujo los temas de escritura del Ecuador durante varias décadas buscó crear textos a manera de instrumento de combate que resultaran implacables y demoledores. Este movimiento, al mostrar la realidad, lo terrible, lo descorazonador, lo inequitativo de esa realidad, deseaba conmocionar y mover a la acción. Querían crear una literatura de contenido que se subleva y protestara, buscando un cambio de conciencia.

80

Décadas después, comprendemos que hacer literatura, más que seguir un paradigma ideológico, es elegir un discurso en cuestionamiento permanente donde nuevos lenguajes van a añadirse a los antiguos y los centros que ordenaban el mundo narrativo: nación, identidad, géneros, etc... se han movilizad junto con el resto de verdades universales.

David Roas en el libro *Tras los límites de lo real* (2011), explica que lo que entendemos actualmente como realidad pone en evidencia un entramado tan ficticio como lo es el universo literario. La realidad (de cualquier narración) es vista como una construcción virtual, un simulacro autorreferencial que suplanta o simula la realidad. La realidad escrita no requiere de ningún otro punto de referencia que de su propia tierra de estructura y de lenguaje. Ya no necesita tomar como base al mundo como si se tratara de un espejo, el texto se basta solo.

Teniendo en cuenta este concepto, el nuevo cuento fantástico ecuatoriano se alimenta principalmente de vertientes temáticas tomadas del registro cultural

universal —y que los autores reinventan desde sus propios códigos—. Lo narradores que he elegido para este muestrario, siguen entendiendo lo fantástico tanto como aquel contacto ambiguo con lo sobrenatural y lo inexplicable, como también un ejercicio intertextual propio de lo posmoderno, que dialoga con otros referentes sociales como el cine de terror de categoría B, las series de televisión, la música y la internet.

Los autores de esta muestra tienen en común que han publicado sus textos a lo largo de la última década y son jóvenes exponentes de lo que podríamos llamar con ambición «el nuevo cuento ecuatoriano». Convive con la tradición, pero a la vez se desentienden de ella: la parodian y la engullen con avidez hasta devolverla transformada. Los seis han empezado incursionar en el relato corto hace apenas una década (a la actualidad poseen varios tomos de narraciones) y Renata Duque, cuya historia «Después», es la última de esta selección, luego de su incursión en la antología *Utópica penumbra* (2014) se ha dedicado al cine y la publicidad. Ha dejado por ahora la literatura, pero sigue imaginando.

81

El retorno del doble

Jorge Luis Borges en la conferencia *La literatura fantástica*, pronunciada en 1967, donde aborda los posibles temas de interés para quienes practican la escritura de la imaginación, menciona entre otros asuntos utilizados a manera de tópicos comunes a las realidades alternas, la invisibilidad, las transformaciones, las confusiones oníricas, etc...como procedimientos para lograr inestabilidad en la percepción de lo real. Uno de esos temas sobre los que repasa Borges es el de los dobles. En los cuentos elegidos para esta selección, personajes que experimentan dualidades se encuentra en los relatos «Espejos» (2017), de Francisco Oliva, y «Armario» (2017), de Jorge Luis Cáceres, pero con planteamientos diferentes con respecto a la estrategia empleadas para escribir sobre la duplicidad.

El cuento «Espejos» relata la historia de un hombre que súbitamente se topa con otro muy parecido a sí mismo y va, poco a poco, asechándolo hasta presenciar su muerte, dialogando así con el tema, del doppelgänger y de la suplantación de identidad. La palabra doppelgänger, de acuerdo con Juan Antonio Molina Foix, en el ensayo *Alter Égo* (2008) quiere decir «el que camina al lado» y es exactamente lo que hace el personaje de Francisco Oliva; se vuelve la sombra del hombre que persigue, desapareciendo como presencia tangible en el relato para dar lugar a la contemplación del testigo que asecha. A las puertas del desenlace no se sabe dónde empiezan y terminan los bordes de esta relación.

«Armario», de Jorge Luis Cáceres juega con situaciones metaliterarias con respecto a la identidad de su narrador, quien encarna varios lugares comunes del mundo de las letras. La figura de Carlos Lujan, parecería ser una versión de Marcelo Chiriboga, el célebre escritor del Boom inventado por Carlos Fuentes y José Donoso. Carlos Lujan ha redactado una gran novela reconocida por la crítica internacional, llamada *Las horas ausentes*, una tetralogía que recuerda al *Ulises*, de James Joyce, pero al igual que los *Bartleby* de Villa Matas, quienes experimentan una prolongada sequía en su escritura, se cree Lujan no ha esbozado ninguna palabra desde su primer y único éxito, por lo que se sospecha de que su obra sería el posible producto de un escritor fantasma. La figura del armario: entrar en él, salir de él, tiene un singular protagonismo en el final revelador, donde se descubre de dónde que proviene el verdadero talento de Lujan. Para Cáceres, en «Armario», la consagración de un escritor no sigue más que un juego de apariencias y de expectativas por cumplir.

Mujeres y monstruos, la misma cosa son

Lo monstruos también son un tema común en los cuentos fantásticos. Ana Casa en el prólogo del libro *Las mil*

caras del monstruo (2012) los define desde varios ángulos, uno de ellos tiene relación con lo desmedido y con lo terrorífico, siendo la encarnación de aquello innombrable que responden a ángulos atroces de la propia naturaleza humana. Las dos autoras seleccionadas para esta parte de la muestra Verónica Coello con «El Leviatán» (2017) y María Fernanda Ampuero con «Luto» (2018) esbozan en sus historias las relaciones poco convencionales que entablan mujeres con seres abominables donde el objetivo básico es su sobrevivencia luego de experiencias terribles. Sus protagonistas, después del contacto con lo monstruoso, se reconfiguran y salen fortalecidas volviéndose ellas mismas criaturas sobrecogedoras.

En «El Leviatán», de Verónica Coello, una viuda descorazonada va a vivir a una casa al pie del mar y cierto atardecer aparece ante ella Leviatán, la criatura bíblica que consta en el Antiguo Testamento como la encarnación de los poderes descontrolados de la perversión. Cuenta la leyenda que en un principio Dios creó a los Leviatán, uno macho y una hembra, pero que luego mató a la hembra porque si los leviatanes procreasen entonces su descendencia acabaría con el mundo; pero sucede que viuda y Leviatán simpatizan y se entienden a gritos mientras pasean sobre las olas y se prometen no hacerse daño. Para Coello, solo un monstruo puede estar a la altura de los demonios secretos de una mujer solitaria y ambos parecería estar a un paso de empezar una historia de amor bestial.

Para comprender toda la dimensión del cuento «Luto», de María Fernanda Ampuero, debemos saber que esta escritora puede golpear con contundencia y hacer mucho daño. Entre los límites del terror, el gore y el relato bíblico, Ampuero reescribe desde la mirada de Marta y María, las hermanas de Lázaro, una historia de poder y de abuso en un tiempo impreciso que bien podría ser la época actual o la era de Cristo. ¿Dónde reside lo fantástico en este cuento? Ensayamos dos lecturas. La primera tiene que ver con la mortificación hacia las mujeres que surge de la desmedida fuerza

masculina —tan brutal que roza lo increíble— donde el sexo es un látigo que controla, y la segunda viene de algo todavía más perverso, cuando ambas deben enfrentarse a lo abominable, algo que viene del más allá y que está tanto vivo como muerto.

El futuro que imaginamos terrible

Es una vieja controversia aquella que define los límites colindantes entre la literatura fantástica y la ciencia ficción bajo términos extravagantes como denominarlos prospectiva, novum, de posibilidades etc... pero para conciliar ambos conceptos es importante saber que ambas áreas parten de ejercicios de imaginación donde la base es, obvio, la realidad. Fernando Ángel Moreno en el texto *La ficción prospectiva: propuesta para una delimitación del género de la ciencia ficción* (2009), afirma que estas dos disciplinas tienen en común que dentro sus fábulas, el mundo, tal y como lo conocemos, es requerido como material para elaborar juegos especulativos. Suponiendo realidades alternas y otras dimensiones posibles, los textos «Perros de Chernobil», de Marcela Ribadeneira (2018), y «Después» (2014), de Renata Duque, traman encuentros con otras especies y fantasean un porvenir donde nuestra civilización estará sumida en el caos.

«Perros de Chernóbil», de Marcela Ribadeneira es una historia armada a base del fluir del discurso de varios narradores, de cuyas descripciones se pueden deducir torturas y brutales experimentos realizados por entes de naturaleza indistinguible; pero también se trata de una metáfora de lo ominosa de la condición humana que se descubre a sí misma como una plaga para el resto del universo, un arma biológica ideada por una mente maestra pensada para el exterminio cósmico. Ribadeneira imagina que la humanidad entera está siendo entrenada como una máquina que masacra, destroza y extermina lo que se le ponga delante, que ese es el destino que viene cumpliendo con éxito desde hace mucho.

En «Después», de Renata Duque, el fin del mundo ha llegado cono plagas y aguajes. Los puertos se han inundado y una pareja sobreviviente debe huir hacia las montañas. En el camino, mientras su relación se consolida, deben endurecerse para hacerles enfrente a los infestados y a los sobrevivientes. El poder del texto de Duque reside en las omisiones y en las sutilezas que nos muestran más intimidad que horror en medio de una situación tan desmesurada que los dejan a ambos sin palabras.

¿Qué nos dice a los lectores y los investigadores todas estas variedades del cuento fantástico ecuatoriano? La realidad, tal como se entendía hace más de setenta años, no es ya nuestra realidad y la literatura asume el compromiso de idear un mundo sin paradigmas, únicamente dentro de los límites del lenguaje, así sean estos cosmos delirantes o contestatarios; rebeldes o mansos. La literatura siempre ha sido más que literatura, ha sido un arma cargada de posibilidades.

Solange Rodríguez Pappé (Guayaquil, 1976). Licenciada en Comunicación Social y Periodismo por la Universidad Católica de Santiago de Guayaquil. Magister en Estudios de la Cultura, mención Literatura Hispanoamericana. Premio Joaquín Gallegos Lara de Cuento, 2010 con Balas perdidas. Escritora con siete libros de relatos en su trayectoria. Sus intereses rondan temas relacionados con la literatura de la imaginación y la ciencia ficción. Dese el 2015 integra el departamento de literatura de la Universidad de las Artes, del que es su subdirectora.

Espejos

Francisco Oliva

No hay realidad más cierta que la de los espejos. Ellos jamás mienten. No somos más que su reflejo, la ilusión de ser. No nos vemos en ellos, ellos se ven en nosotros. Ellos existen, nosotros no.

La primera vez que lo vio, se vio. Era una noche en la que el frío alquilaba una estancia en lo más profundo de los huesos. Las calles estaban llenas de personas caminando muy juntas, como si de esa manera pudiesen sumar y compartir unos con otros el poco calor que aún quedaba dentro de sus abrigos. Lo siguió hasta la calle México. Era un vecindario sombrío, al cual la luz no llegaba ni de día. En él la oscuridad se había instalado de manera perpetua. Estaba rodeado de despoblados parques y de voces de niños que parecían surgir de los cimientos de las casas. Lo vio ingresar, casi con desdén, a un edificio de apartamentos revestido de ladrillos cohesionados con mierda de paloma.

Subió por la escalera del edificio de enfrente sólo para descubrir que desde la terraza del mismo podía divisar claramente su departamento. Luego de observarlo observar la noche desde el balcón, decidió irse. Esa noche se acostó temprano para madrugar y recorrer la ciudad para alcanzar a verse salir de su casa.

Con el tiempo no le era difícil seguirse de la casa a la universidad, a la oficina, al mercadito y de nuevo a la casa. Poco a poco se fue conociendo. Conoció a su esposa, una mujer de belleza antigua, rostro sufrido y pasos cortos. Conoció a su hijo, su vivo reflejo.

Una tarde, luego de la oficina, caminó con sus pasos hasta detenerse para comprar una botella de vino.

Luego fue al puerto a recibir a un amigo. Lo llevó a su casa, llegaron alrededor de las ocho. Allí su esposa los esperaba con una deliciosa cena.

A la mañana siguiente, no entendía por qué tenía tanta hambre a pesar de haber cenado tan bien.

Pronto supo que lo correcto era mudarse a la terraza. Así podría verse todo el tiempo. Escudriñar cada movimiento de su casa, cada encender o apagar del televisor, cada beso a su esposa, cada risa de su hijo. Se llenaba con su comida, respiraba con sus pulmones y cuando las luces se apagaban, dormía plácidamente con su sueño.

Cada mañana caminaba hasta su trabajo en el banco, se esperaba hasta la hora de almuerzo, se observaba comer en el restaurante de la esquina. Luego regresaba para esperarse a terminar su jornada e irse a casa.

Aquella tarde el sol se había ido de viaje. Una leve bruma azulada cubría el pálido cielo. El camino hacia el puerto fue más largo de lo normal. Era como si la ciudad se hubiese sumido en un extraño letargo vespertino. Los carros, las personas, incluso las aves se movilizaban como si estuviesen bajo el agua. Lenta, pausada, pesadamente. Se vio subir al barco y pararse cerca del andén de estribor.

Las personas no paraban de ingresar al barco; eran como hormigas entrando a su nido llevando consigo todo tipo de cosas: portafolios, ilusiones, libros, regalos para la tía... Parecía que todos los habitantes de la ciudad hubiesen decidido súbitamente viajar al mismo tiempo al otro lado de la bahía. Era un enredo total de pasos, voces y olores. Se observó apoyarse en uno de los barandales mientras las olas golpeaban firmemente el casco del barco, haciendo tambalear hasta la más firme de las voluntades. Se miró caminar con dificultad entre la multitud, siendo empujado por la prisa de cada cual. Era como si creyeran que mientras más fuerte se empujasen unos a otros, mayor impulso le darían al barco para llegar a su destino. Se paró por primera vez junto a sí mismo. Se empujó un poco, como sin querer.

Entonces las olas martillaron el barco con inusitada potencia, mientras el viento mecía con fuerza la conciencia de todos. Una enorme ola levantó su cabeza en el cielo gris y cayó imponente sobre la cubierta del barco. Fue como ver caer fichas de dominó, unos tras otros y con cierto orden los viajeros se mezclaron en un grito como de montaña rusa.

Se vio tambalear y tratar de asirse desesperadamente a algo. Trató de agarrarse a sí mismo. Por un instante sus dedos se toparon, sus miradas se cruzaron y entre la sorpresa y la desesperación se vio caer por la borda directamente hacia las fauces del océano. Mientras caía en un viaje interminable, se vio agitar sus manos para hallar solamente el aire húmedo de aquella tarde extraña. Se vio luchar con todas sus fuerzas contra el definitivo abrazo del mar. Se vio hundirse y salir varias veces buscando una bocanada vital. Hasta que dejó de verse, hasta que solo quedaron la espuma de las olas y el aliento de la tormenta cubriendo el silencio.

88

Lo hallaron unos días después unido en un abrazo interminable con las arenas de la playa, enredado cariñosamente con algas color marrón. Tenía en su rostro la triste expresión del adiós.

Lo enterraron esa misma tarde. Se vio descender lentamente a su morada final mientras surgía en su corazón el firme deseo de abrazar a su esposa e hijo. Los miró con la triste frustración de saber con certeza que los difuntos no consuelan. Se quedó allí eternamente mirando su tumba mientras reflexionaba lo extraño que era estar vivo habiendo ya muerto.

Francisco Oliva. Quito, 1970. Director creativo publicitario desde 1996. Ganador de varios premios nacionales e internacionales de creatividad. Ha realizado diversos cursos de publicidad, redacción, creatividad y guion cinematográfico en Ecuador y en el extranjero. Fue tallerista del escritor Miguel Donoso Pareja. *La muerte es cuento* (2017), libro del que fue tomado este relato, es su primera publicación.

Armario

Jorge Luis Cáceres

El auditorio de la Universidad Católica estaba a reventar, incluso las gradas de acceso habían sido ocupadas por los estudiantes, quienes ansiosos esperaban la conferencia del novelista y profesor Carlos Lujan, a propósito de los diez años de la publicación de su primera novela, *Las horas ausentes*, con la cual ganó el premio Biblioteca Breve en 1999. Aunque en varias entrevistas realizadas al escritor se aclaraba que la novela en mención fue escrita en la ciudad de Barcelona, mientras el autor estudiaba un doctorado en Teoría de la literatura en la Universidad Pompeu Fabra, había estudiosos y críticos que argumentaban que dicha novela únicamente pudo haber sido escrita en Quito, debido a la atmósfera planteada en los cuatro capítulos de la obra. El colosal volumen que comprendía *Las horas ausentes* estaba compuesto de cuatro libros que fueron agrupados por la editorial en un solo tomo, por cuestiones de comercialización.

El primer capítulo o el primer libro, llamado *Cráneo y fuego*, según el crítico Alberto Cisneros de la Universidad Andina Simón Bolívar, es una reconstrucción mítica de la ciudad de Quito, sobretodo, de la arquitectura barroca y gótica del centro de la ciudad. En este libro Lujan centra su mayor ambición, no existen protagonistas y los personajes carecen de sensibilidad, siendo una especie de seres invisibles, carentes de toda humanidad, como si en verdad Lujan—con maestría— hubiera utilizado todos sus recursos literarios para hacer de la ciudad un personaje de carne y hueso, de cráneo y fuego.

En el segundo libro, *El pez espada*, aparece por primera vez un misterioso tatuador norteamericano, de mediana edad, que tiene su estudio en la población de

Capelo, en el Valle de los Chillos, y que fuma durante una hora, tiempo en el cual reflexiona sobre una mujer que aparecerá en el cuarto libro, revelando el secreto del tatuador. Lucía Sinclair, crítica del diario El Telégrafo ha definido a este libro como innovador y postmodernista, con influencia clara de escritores del Crack y de la generación posterior al McOndo; incluso ha llegado a decir que este libro de forma individual pudo ser precursor de la generación de David Foster Wallace y Jonathan Franzen (una opinión ligera si se toma en cuenta que La escoba del sistema de Foster Wallace fue publicada en 1987 y Ciudad veintisiete en 1988). Aunque la crítica de Sinclair es ambiciosa, quizá sobrepasa el espíritu del libro; el propio Lujan ha dicho que este libro o capítulo no se corresponde a ninguna generación y que su escritura fue un acto espontáneo, sin estructura, sin una guía literaria, casi como navegar a ciegas en un mar embravecido.

90

Lo cierto es que Lujan escribió los libros por separado y en varias ciudades donde estuvo de visita o por estudios. El día de la premiación, Lujan llevó a las oficinas de Seix Barral en Madrid catorce libretas tamaño A4 de color rojo donde —supuestamente— había escrito el libro ganador. Nadie nunca alcanzó a revisar realmente los encuadernados, pero eso engrandeció el mito de que Lujan escribía como lo hicieron los autores de Boom, a mano y luego mecanografiando sus textos para no perder los originales. El mito es propio de los escritores; a muchos los engrandece, a otros los condena a una sola vía de ingenio. Nadie pensaría que un autor escriba sus obras encerrado o confinado a un oscuro armario donde utiliza una mesita de madera ya casi desmantelada que cojea de una de sus patas. Ahí apretado, con las ideas bullendo en el cerebro y con los dedos pícaros saltando de una letra a otra, incontrolables.

Quizá Lujan no contó esta historia, la del armario, quizás es mejor pensar que los escritores escriben sus mejores obras en hoteles viejos y melancólicos, en lobbies a media luz y escuchando música ligera

como jazz, blues o de cabaret. Sería mejor pensar que un autor escribe mientras espera el abordaje en un aeropuerto que lo llevará a una Feria del Libro donde hablará del mismo proceso de escritura que lo trajo hacia ese preciso lugar. Eso sería sencillo, no habría trama en el engaño del escritor, que finge en cada momento. A Lujan le vino bien el premio, pudo —con un solo libro— dar el salto a gran escritor de su país, que se precia de tener una literatura menor. También le dieron una plaza como profesor en el Departamento de Literatura de la Facultad de Comunicación de la Universidad Católica, la misma en donde diez años más tarde dictaría una charla sobre Las horas ausentes.

El tercer personaje más importante de los cuatro libros es Marina Kox, protagonista de Miel y gusanos, la tercera parte de Las horas ausentes y la mujer con la que sueña el misterioso tatuador del segundo libro mientras fuma marihuana en su estudio. Marina Kox es la encargada de llevar cinco fotografías a la casa del profesor Oliver Cadena. Durante los cincuenta subcapítulos que contiene el libro, Marina camina rumbo a la casa del profesor, atravesando las calles Amazonas, Mariscal Foch y Juan León Mera, hasta dar con una casa de ladrillo visto y verjas de hierro con incrustaciones de ángeles dorados en la Lizardo García. Toda la obra transcurre en el lapso de una hora, desde que Marina Kox sale de un estudio fotográfico en la calle Amazonas y Jorge Washington hasta que llega a la casa del profesor, toca a su puerta y este sale y la recibe con cariño. Sobre este libro, la crítica sostiene por unanimidad que se trata de una auténtica obra maestra, insuperable según el New York Times, que lo premió como mejor libro en lengua extranjera publicado en el 2000. Morthy Harris, crítico literario del semanario de arte y cultura New Yorker, dijo de este libro: «majestuoso, ambicioso, como leer Rayuela pero remasterizado». Una crítica que dejó muchos réditos para Lujan en cuanto a regalías y, también, a prestigio. Precisamente sería en el 2000 cuando Lujan dio inicio a una gira por Latinoamérica y por varios

estados de los Estados Unidos, dando conferencias respecto a su monumental obra, calificada como una de las más grandes novelas latinoamericanas, capaz de trascender fronteras.

Diez años después, frente a un auditorio aún lleno, Lujan prepara el primer capítulo de su tan esperada segunda novela, todavía intitulada. Un silencio de diez años durante los cuales el hecho de que Lujan ya no publicara más llevó a pensar a los críticos y estudiosos en un fraude, incluso en una tomadura de pelo. Sus amigos íntimos dirían sobre este suceso que oscureció en parte la figura del escritor, que Lujan seguía escribiendo y que su producción era descomunal a pesar de la falta de publicaciones. La excusa que daba el autor cuando le preguntaban sobre este punto era que su nueva novela tenía que ser una obra superior en todo sentido a *Las horas ausentes* o una anti *Las horas ausentes*. Lujan no podía darse el lujo de repetirse y, agotados todos los temas, los recursos, las formas y demás, se sentía atormentado hasta volverse un ser hermético que apenas salía de su casa para dictar sus cátedras de Teoría Literaria y Novela Latinoamericana. En esos años, Lujan se excusó de dictar conferencias, no acudió a ninguna Feria del Libro ni otorgó entrevistas. Apenas si cruzó unas líneas con Morthy Harris, quien lo visitó para sacarlo de su oscuridad y publicar un largo artículo que salió el 9 de diciembre del 2006, bajo el título «El oscuro armario de Carlos Lujan, el brillante novelista latinoamericano», publicado originalmente en inglés y traducido por Concha Martínez para el suplemento cultural *Babelia* del diario *El País* del 14 de diciembre del mismo año. Más tarde, en el año 2007, dicho artículo daría pie a una tesis de maestría, la primera —a pesar de la importancia de Lujan en las letras ecuatorianas—, que analizaba a profundidad sus juegos narrativos en *La esfinge y el armario*, el cuarto y último libro de *Las horas ausentes*. Luisa Frey, una profesora de colegio que más tarde sería considerada como una de las autoridades en la novelística de Lujan, sería quien,

bajo el título *El hermetismo como recurso narrativo: el caso de La esfinge y el armario*, daría pie a un nuevo mito sobre el autor y la escritura de su famosa novela. El armario nuevamente aparece como figura de opresión que, en lugar de ejercer su potencia negativa sobre el autor, la termina por amplificar al reducir el espacio de trabajo del escritor; en el caso de Lujan, se dice que escribió su monumental obra encerrado en un armario que fungía de estudio durante cuatro meses, en plan asceta. Esta teoría derivó en otro mito, donde sería un escritor fantasma quien realmente escribió las obras firmadas por Lujan. Muchos reporteros intentaron ingresar en el antiguo departamento de la Av. 6 de Diciembre y Granados (donde, según la leyenda, Lujan escribió su famosa novela), para verificar el armario y quizás encontrar al escritor fantasma, pero todos los intentos fueron en vano, pues el celo de Lujan hacia su privacidad era estricto y su círculo de amistades reducido. Pero algo de verdad habría en este mito, pues Lujan solo podía escribir en su antiguo departamento, era una especie de ritual, algo muy de escritores que necesitan sus cábalas a la hora de escribir. Su exesposa calificaba esta actitud de ridícula. «Escribir en un departamento vacío es una locura», decía, «habiendo un precioso estudio con vista a Guápulo y a Cumbayá». Otros amigos de su círculo decían que más de una vez intentaron presionar al autor de *Las horas ausentes* para que los llevase a su lugar especial, pero nunca pudieron doblegar su voluntad, solo lograron que se enfureciera y se pusiera aún más raro. Si en verdad escondía a un escritor fantasma, lo hacía bien y con celo.

Lo cierto de esta historia es que el armario sí existe. Lujan en persona lo confirmó en una entrevista que Radio Televisión Española le hiciera en Madrid, en el año 2010, a propósito de los diez años de la publicación de su novela y de la concesión del premio. Lo único no confirmado es si el autor escribió encerrado o no en la estrechez de su armario. En esa misma entrevista, dijo que estaba escribiendo una nueva novela

y que su primer capítulo estaba terminado, aunque sin título aparente, y lo sabré yo, que con las piernas recogidas y presionadas contra la tabla de la vieja mesita escribo el segundo capítulo de la novela, mientras el famoso novelista lee las primeras páginas, se regodea en su recuperado éxito y conversa con el público (en su mayoría joven) sobre entretenidas anécdotas de sus numerosos viajes por el mundo, sobre sus entrevistas y –sobre todo y a pesar de todo–sobre el mítico armario de fondo blanco y puerta de metal.

Jorge Luis Cáceres. Quito, 1982. Abogado y Criminólogo por la Universidad Autónoma de Barcelona y Master en Literatura Hispanoamericana por la Universidad Católica del Ecuador. Ha escrito los libros de cuentos: *Desde las sombras* (2007), *La flor del frío* (2009), *Aquellos extraños días en los que brillo* (2011), *Las moscas y otros cuentos* (2017), con el cual obtuvo el premio nacional de literatura Joaquín Gallegos Lara, y la novela *Los diarios ficticios de Martín Gómez* (2017). Como antólogo publicó *No entren al 1408*, que cuenta con siete ediciones (Quito, 2013, 2016; México D.F., 2014; Buenos Aires, 2016; Santiago, 2017; Madrid, 2017 y Lima, 2018). Fue elegido por la Feria Internacional del Libro de Guadalajara 2012, como uno de los 35 autores destacados por «Latinoamérica Viva».

El Leviatán

Verónica Coello

«Mira, solo hay un medio para matar a los monstruos; aceparlos».

Julio Cortázar, Los reyes.

Lo estoy esperando como siempre. De pie, al filo de la cornisa de roca. El mar golpea fuerte y la espuma moja mis pies. El sonido de mar me relaja, cierro los ojos y disfruto la brisa, pero siento su presencia, está próximo a llegar. Es la hora.

Hace algunos años quedé viuda y deseaba morir. El dolor me estaba consumiendo. El vacío interior es peor que el físico. Los espacios se volvieron insoportables, el aire me aplastaba y abandoné la ciudad para refugiarme en un pueblo alejado del ruido del mundo.

Compré una casa pequeña sobre una gran roca con vista al mar desde todas las ventanas. Una tarde presa de mí tristeza empecé a caminar y bajar un poco por el peñasco hasta llegar a una cornisa donde rompen las olas y todo se llena de espuma; entonces fue cuando vi el mar agitarse de una manera extraña. No eran olas, pero algo se acercaba. No lograba entender qué era porque en la superficie no se veía más que una línea enorme abultada que avanzaba hacia mí. De repente desde el agua vi salir un Leviatán gigante, ese monstruo marino que había conocido a través de las leyendas estaba frente a mí, mostrándome sus colmillos mientras bramaba y se acercaba, me abrió sus fauces hasta casi tragarme, pero no lo hacía. Me dejaba ver su interior lleno de peces muertos y algas. Expelía un olor nauseabundo. De pronto, se retiraba un poco para mirarme y yo también lo miraba.

Luego de la pérdida de mi marido, la muerte no me asustaba, si me iba a llevar, que me llevara de

una vez, pero que no tratara de atemorizarme. Yo no le temía y creo que lo entendió. Puso su enorme cara frente a la mía, me olfateó y yo no me moví. Volvió a gruñir y yo le grité en respuesta. Le grité mucho y enseñé mis dientes, furiosa también. Sus ojos amarillos gigantes se incrustaron en los míos.

Tiene la apariencia de un dragón con una trompa un poco alargada, grandes cuernos sobre su cabeza y pequeñas aletas donde nosotros tenemos las orejas. Estuvimos un largo tiempo sólo mirándonos y resoplando hasta que de repente bajó la trompa hasta la altura de mis pies. Temí un poco, pero estaba en un punto donde no podía ni quería regresar. Levanté un pie y me sujeté de su frente y con el otro pie tomé impulso hasta alcanzar un cuerno y poder llegar hasta su cabeza. Una vez allí, me puse a horcajadas sobre él mientras sujetaba bien sus cuernos y el Leviatán empezó a levantarse y girar. Ese fue el único momento que sentí miedo. Él giro en dirección a mar abierto y sin sumergirme del todo nadó a gran velocidad. Tenía mis piernas pegadas lo más fuerte que podía a su escamosa piel y abrazaba el cuerno para no caer. Hubo momentos que se sumergió tanto que pensé que quería ahogarme, pero cuando sentía que me estaba aflojando subía a la superficie. Pasamos la noche entera así. Juntos. Cuando llegaron los primeros rayos del sol que pintaron de dorado el cielo y las aves empezaron a volar, él comenzó a hacer un ruido que parecía un silbido, como si estuviese cantando y lo abracé. Lo abracé durante un largo rato. Giró nuevamente y me regresó a la cornisa. Desde ese día hasta hoy vengo todas las tardes a su encuentro y paso mis noches junto a él. Ahora ya no brama cuando me ve. Nos miramos en silencio, él baja su trompa y yo acaricio sus escamas. A veces trae heridas, las beso con cariño y pego mi rostro a su cara mojada y áspera. No nos tenemos miedo. No nos lastimamos.

Verónica Coello. Guayaquil, 1976. Licenciada en Comunicación Social y Máster en Comunicación e Identidad Corporativa de la Universidad de la Rioja. Ha trabajado en televisión y radio. Es columnista desde hace tres años de diario *El Universo* y lo fue de la revista *Hogar*. Docente de Lengua y literatura. Empezó su carrera literaria como miembro del club de lectura de *La Casa morada* y en los talleres de escritura de Solange Rodríguez. *La cena* (2017), de la que fue tomado este relato, es su primer libro de cuentos.

Luto

María Fernanda Ampuero

98

Por primera vez en su vida, Marta se sentó en la cabecera de la mesa e hizo sentar a su hermana, limpia, vestida de lino blanco y ungida con aceites perfumados, a su diestra. Trajo más vino antes de que se acabara el botijo anterior y, sin decir las oraciones, se devoró el pollo, las patas gordas del pollo con su corteza crujiente, acaramelada, sabrosa, que nunca jamás habían sido para ella. Miró a María que parecía una bárbara arrasando con los colmillos pechuga, muslos, rabadilla, y le entró risa floja. La risa del vino y de la libertad. La risa que nada más puede salir de una cabecera de la mesa y de comer la dorada gordura del pollo y de ver a la hermosa María: la boca y las manos sucias y con esas mismas manos grasientas agarrar la copa para beber una gran buchada de vino con la boca llena. Vino. Par de libertinas. Tuvo ganas de decirle a María míranos, míranos, qué poco nosotras, tan llenas de goce, hoy que deberíamos guardar un luto tieso, hoy que la casa debería estar cubierta de lien-cillo negro. Nos quedamos solas, hermana mía, más que solas: sin un hombre en casa, y tendríamos que estar tiritando como cachorros de perra muerta.

Pero nada dijo. Le sonrió. Y María le devolvió la sonrisa con los dientes cubiertos de trocitos de carne oscura. Se saciaron y siguieron comiendo nada más por ver qué pasaba y ya con los vientres inflados salieron al patio abrazadas por las caderas. La noche estaba estrellada. Las bestias dormían, también la servidumbre. Dormía el mundo entero un sueño ronco, intoxicado. Había comida, había agua, había tierra, había techo. Marta casi pudo olfatear en el aire el mar de las vacaciones, cuando los padres vivían, cuando él no era él, sino uno más: tres niños corriendo

por la playa y regresando a cada rato, mira mamá una concha, mira papá un cangrejo. Tiempos buenos, sí, el aire olía a días buenos cuando papá no volvía agrio y azotaba a todo el que se ponía por su camino con una vara de cuero delgadita que abría la piel en silencio, como si nada, hasta que salía la sangre como una sorpresa roja y el dolor agujijoneaba. Empezaba por mamá, seguía por el hermano y por Marta que se las arreglaba por esconder a María de la varilla. Ese papá los convertía en otras personas, en otra familia. Tal vez ni siquiera habría que usar esa palabra sagrada: familia. Los días de papá hediondo, fermentado, ellos se metían debajo de la cama y mamá gritaba y a veces él cambiaba la vara por el látigo y ese sí que avisaba que venía el dolor con un tchas, tchas, tchas en el aire.

Marta abrazó más a su hermana María, ahora frente a frente, ahora mirándola a su cara de niña envejecida, tan bella, sin embargo, con esos ojos raros, verdes, tan turbadores. Le enjugó las lágrimas con los labios y le dijo que la quería y le dijo también que la perdonara. María sabía a qué se refería. Entonces María, llena de vino y de pollo y de noche libérrima, se quitó el vestido y cerró los ojos y se abrió de brazos para que su hermana la viera entera, desnuda, en cruz. Para que viera lo que es capaz de hacer la gente cuando nada la detiene. Para que entendiera en los tajos en la piel que ante la indefensión triunfa siempre la crueldad. Alguien había escrito con un objeto punzante la palabra zorra en su estómago, alguien había pisoteado su mano derecha hasta convertirla en un colgajo, alguien había mordido sus pezones hasta dejarlos arrancados, guindando de un trocito de piel de sus pechos redondos, alguien le introdujo aperos del campo por el ano dejándole una hemorragia perenne, alguien le produjo un aborto a patadas, alguien, nadie, hizo nada durante esos días que quedó inconsciente y las ratas, con sus dientecitos empeñosos, comenzaron a comérsela por las mejillas, por la nariz, alguien, seguramente su hermano, le dejó

la espalda como el mimbre de tantos latigazos. Tchas, tchas, tchas.

E infecciones, llagas, podredumbre, sangre, fracturas, anemias, males venéreos, pústulas, dolor.

Marta se arrodilló ante su hermana. Elevó sus brazos abiertos hacia ella y le susurró diez, treinta, cien veces, nunca más, nunca más, nunca más. Y se arrepintió de estar lozana, de estar virgen, de estar viva. Y lloró y escupió en el suelo y maldijo al hermano. Maldijo la tumba del hermano y su maldito nombre y su maldita verga y su maldito cuerpo que ya estaría empezando a pudrirse. Y abrazada a las rodillas flacas, llenas de apostillas, de su hermana dijo:

—No tengo otro dios que tú, María.

Entonces la puerta trasera se cerró de un golpe y dieron un grito. Carajo, el viento. María se vistió y entraron a la casa, de repente inhóspita y helada como una cueva. Al acercar la vela a la mesa, se dieron cuenta de que esa especie de corteza sobre los restos del pollo eran decenas de cucarachas grandes de color tostado que empezaron a correr por la mesa haciendo un ruido crujiente de hojas secas. Las dos gritaron como si hubieran visto un aparecido. Marta dijo que, en esos casos, y sólo en esos casos, es cuando se necesita un hombre en la casa y María, que estaba subida a una silla y con las faldas arrebujadas hasta la cintura, empezó a reírse como una posea y a responder que no, que prefería a las cucarachas, todas las del mundo, a tener a un hombre en casa. Entonces saltó con los dos pies desnudos al suelo y cayó, precisa, un pie sobre cada una, sobre dos cucarachas que se destaparon como una cajita y soltaron un jugo blanquinoso. Marta le decía que se callara, que las iban a escuchar, pero también se reía de que una estupidez como esa las hubiera hecho gritar así y de que su hermana no llevara ropa interior en mitad del comedor y de que no necesitaban a un hombre, menos a ese hombre y, mientras tanto, no paraba de mover las piernas y de sacudirse el vestido por si a algún bicho se le ocurriera trepársele y parecía que estuviera bailando y si alguien

las hubiera visto: la una desnuda de cintura para abajo, pura risa, matando cucarachas y la otra bailando como una cualquiera, nunca hubiera pensado que hace apenas cuatro días, cuatro, un hermano, el único hermano, se les murió a esas dos mujeres.

Pero así era.

Llevaba tiempo enfermo, decían que era algún mal que se había traído del desierto. Que se había traído de alguna mujer del desierto, pensaba María, pero jamás lo comentó con su hermana ni con nadie. Ella había visto cosas así: hombres sanos al pie de la tumba en cuestión de meses, con las vergüenzas negras, quemadas como la paja del arroz y delirando sobre el demonio o el sabor dulcísimo de los dátiles de alguna tierra que no existe. María estaba segura de que su hermano había muerto de pecado, pero ¿quién lo creería? Ella era la que arrastraba esa carga, no su hermano, sí, claro, su perfecto hermano: limpio como las aguas del cielo. María era memoriosa. Recordaba el día en el que su hermano la echó de la casa principal y la puso a dormir más allá de los esclavos y de las cuadras, en un establo oscuro, apenas cubierto. Su hermana puta no merecía dormir en lino ni en seda bordada como Marta, la hermana buena, la hermana mística. La puta merecía dormir entre ratas y sobre jergones hediondos. La puta, aliada del maligno, se tocaba entre las piernas y gemía. En eso consistía ser puta: en gustar del gusto. Una vez la vio. Entró a la habitación y encontró a María con la mano entre las piernas. En esta casa no va a haber putas, dijo. Eso fue todo. Esa noche la ató a un abrevadero y bajo las estrellas preciosas le partió la cara a patadas. Cuando Marta salió a pedir piedad, él levantó la mano y le dijo que si daba un paso más la mataría. Te haré lo mismo, le dijo, pero además te mataré. Quien defienda a una puta es una puta, le gritó. Y entonces Marta se quedó arrodillada sobre el polvo del patio viendo a su hermano romper a su hermanita a golpes.

Ahora estaban las dos solas. Marta se había pasado a la habitación del hermano y la suya, exquisita,

había quedado para María. Ahora era tiempo de mimarla, de adorarla, de glorificarla. Allá en ese establo la habían violado, a ella, que era virgen, todos los esclavos, incluso los que hasta la semana anterior le decían niña María. Por ahí desfilaban los hombres, jóvenes y ancianos. Allí, sobre ella, nacía y moría la sexualidad del pueblo. Allí la había maltratado y penetrado por el ano y la vagina y torturado él, que se hacía llamar puro, que se hacía llamar hombre de dios, que era querido amigo de aquel, el más santo de los santos, ese que cuando venía a casa levantaba una actividad torrencial y al que María lavaba los pies polvorientos y callosos con perfumes exóticos, divinos, suyos.

Marta lo sabía porque más de una noche lo había seguido y lo había observado todo con los ojos templados de terror. Y después, cuando los cerraba, volvía a verlos otra vez y otra vez y otra vez. Hermano sobre hermana. María como un cuerpo muerto, los ojos cerrados, moviéndose con la inercia del impulso, como un blanco cadáver —una mosca salvaje siempre recorriéndole la boca, los ojos, las fosas nasales— todavía manchado de sangre y él, él mirando para todos lados como un delincuente, caminando bajo la luna de vuelta a la casa mayor, con la verga manchada de esa misma sangre. ¿Tendría la regla María? ¿O es que estaba tan devastada por dentro que ya no había carne sino hemorragia? Ni el cielo ni la tierra volverían a ser iguales. Hermano sobre hermana, como en lo más profundo de las tinieblas.

Eso pasó muchas, muchas, muchas noches.

El catre donde yacía su hermana —casi muerta, apenas viva— era un muladar de excreciones donde los bichos proliferaban y que, para algunos hombres, aunque gratis, aunque fácil, ya resultaba demasiado repulsivo. Un cuerpo putrefacto, desagradable, pestilente. María, la dulce y hermosísima María, la de los ojos como gemas de montañas remotas, hija del mar y del desierto, resultaba ahora asquerosa para el más mugriento de los forasteros. A veces, alguien muy

urgido le tiraba un balde de agua por encima y así, mojada, se cuidaba de no tocarla demasiado mientras la penetraba rápido, con violencia, como a una cabra.

Marta no podía cuidar a su hermana. Las paredes tenían ojos y bocas y lenguas parecidas a las de las serpientes. Se lo dirían a él inmediatamente y él le haría lo mismo: pondría a las dos, una al lado de la otra, en el mismo catre, en el mismo infierno. Podía dar una moneda a alguna sirvienta para que llevara un cubo de agua y una esponja y lavara el cuerpo amorado, gris y sanguinolento de su hermana, pero no era seguro que lo hiciera. Había que tener fe. Fe en la sirvienta. Fe en el esclavo que le llevaría un trozo de pescado y leche y pan. Fe en el guarda que impediría, también por monedas, que siguieran usándola todos los hombres del pueblo. Al menos durante esos días del mes. Al menos durante las fechas santas. Al menos hoy. Fe en el niño que le daría una nota que dijera aguanta, nos iremos de aquí las dos. Pero nada más fe, el más enclenque de los sentimientos. La fe no sirvió, por ejemplo, cuando los visitó el amigo del hermano, el más santo de los santos, y preguntó por María y sus ojos de piedra rara y hubo excusas y volvió a preguntar por María y sus ojos de un verde de otro mundo y el hermano no pudo hacer más que llevarlo al establo inmundo donde la tenía tirada, medio desnuda y manchada de toda excreción, abierta, en una postura más infame que la de un animal destazado y aquel hombre, santísimo de toda santidad, empezó a llorar y a gritar y a preguntar y a agitar al hermano como diciendo nadie podrá perdonarte por lo que aquí hiciste, suéltala ahora mismo, estúpido sádico maldito loco. Pero el hermano nada más dijo ella es pecadora, señor, ella es la más pecadora de las mujeres. Yo la he visto. Goza del pecado carnal, señor. No me lo han dicho. Tuve la desdicha de presenciarlo, señor, es repugnante. Y si la suelto, señor, entonces las otras creerán que eso se puede sin consecuencias, que se puede ser así y no.

Y entonces el hombre, al que María había lavado los pies con su propio pelo, se puso de rodillas,

rezó por ella un rato, unos minutos, y entró a la casa a cenar y a beber con los muchachos. Cuando se iba, después de abrazarlo, dijo al hermano: deberías soltarla. La voz sonaba llorosa, tal vez borracha. Y el hermano moviendo mucho la cabeza, mirando hacia abajo, dijo que sí, señor, se hará tu voluntad. Marta salió a su encuentro, se puso de rodillas: por favor. Es la casa de tu hermano, le contestó el santo a Marta, y no puedo imponerme a él, el respeto a un hombre se demuestra en el respeto a su casa, pero ya le he dicho que debe soltarla y rezaré porque así se haga. Debes tener fe, le dijo a Marta, fe, Marta, fe, antes de desaparecer en el desierto.

A Marta esa palabra ya le sabía a mierda en la lengua.

Y María siguió en el establo.

Cuando el hermano enfermó, Marta, a la que todos alababan su entrega, su disponibilidad, sus habilidades, sus guisos, sus ternuras, sus infusiones, se volcó a cuidarlo. Lo alimentaba, limpiaba, medicaba e incluso aplicaba unguento blanco en sus partes privadas en carne viva. Todo aquello que un observador hubiese podido confundir con cariño, era realizado con un odio profundo. Ante el ojo ajeno, Marta era pura delicadeza, pero a solas lo alimentaba con caldos fríos, gelatinosos, siempre con algo de estiércol fresco, arena o gusanos que recogía en los patios y que metía, cuidándose de que la vean, en una cajita. El momento de la limpieza que realizaba al cuerpo del hermano, que se había convertido en una sola llaga púrpura, sanguinolenta y llena de pus, empezaba siendo tierna, con agua tibia, aceite de coco y esponja marina y, de pronto, sin aviso, sin cambios en la respiración, se volvía feroz. Marta cambiaba la esponja de mar por lana de acero y arrastraba los brazos arriba y abajo como se lija la madera. Finalizaba su pulimento con alcohol de quemar. Era imaginativa, tanto vertía cera caliente en las heridas como alcanfor, ortiga o limón. Después salía de la habitación y se quedaba sentada en una silla al pie de la puerta, con sus manos cruzadas

sobre el regazo, piadosas, y los ojos muy cerrados, mientras dentro su hermano se retorció de dolor y hacía ruidos espantosos, sordos, porque ya no podía gritar: la enfermedad le había arrebatado la lengua y en su lugar le había dejado una especie de papilla rosa que se movía dentro de la boca desdentada con algo de monstruoso y de lascivo.

Cualquiera que hubiera visto a Marta hubiese creído que rezaba por la mejoría de su hermano enfermo, pero estaba rezando porque muriera lento, con el mayor dolor posible.

Un día el hombre murió. No fue fácil ni fue rápido, los estertores horrorosos duraron horas. Estaba sediento y nadie le dio de beber. Marta cerró puertas y ventanas y, como si fuera un espectáculo, se sentó a verlo morir. Lo dejó agonizar en soledad, a pesar de que el hermano estiraba su mano esquelética hacia ella, tal vez pidiendo compañía, contacto. Que pusiera una mano viva, como poner un pajarito, sobre su mano casi muerta, que enjugara sus sudores y que vertiera sobre su frente al menos un par de lágrimas, dos diamantes pequeños, para dárselas a lo que sea que estuviera del otro lado de la muerte. Los agónicos gimen, se agitan, lloran: temen a que todo lo que se ha dicho sobre el cielo y el infierno sea mentira. O que sea verdad.

Cuando el hombre al fin se quedó inmóvil, la boca desencajada y los ojos muy abiertos, como si le hubieran contado algo graciosísimo, Marta se levantó muy despacio, abrió la puerta, recorrió los salones, salió al patio y con toda la teatralidad del mundo se tiró al suelo y chilló y chilló y chilló hasta que vinieron todos los vecinos. Se tapaba la cara con las manos, no había llanto. Estaba iluminada como un astro. María escuchó el grito y el corazón se le paralizó. Luego cerró los ojos, infestados de lagañas, y los volvió a abrir muy despacio como un recién nacido. Y como un recién nacido empezó a berrear llamando a su hermana.

A los cuatro días, cuatro, apareció por el pue-

blo el amigo, el santo hombre, y entonces Marta tuvo que fingir, decir no, no, no, y llorar su llanto sin lágrimas por el hermano muerto. Si hubieras estado aquí, le dijo porque no se le ocurrió otra cosa. Si hubieras estado aquí. Pero sabía que esas palabras eran tan ridículas como un pésame, como una plegaria. Lo que fue, fue. Lo que es, es. Entonces el amigo, el santo hombre, pidió que lo llevaran al sepulcro y ahí lo dejaron, de rodillas, llamando al muerto como se llama a alguien desde el portal de su casa, como si al otro lado de la piedra quedara todavía alguna vida para escuchar.

Marta se encogió de hombros ante semejante insensatez y volvió a su casa, a la fiesta de su hermana libre, a la vida.

Esa noche, mientras Marta y María cenaban cordero, un golpe en la puerta las sobresaltó. Debe ser el viento. El viento en esta época, tan terrible. Siguieron comiendo hasta que Marta y María al escuchar el gemido de la puerta levantaron la cabeza y vieron que cedía a la presión de una mano. Se abría.

Primero entraron las moscas y enseguida el hermano muerto, rodeado de un olor nauseabundo. Abría y cerraba la boca, como llamándolas por sus nombres, pero ningún sonido, nada más gusanos, salían de su boca desdentada.

María Fernanda Ampuero. Guayaquil, 1976. Periodista y escritora. Ha publicado los libros de crónicas *Lo que aprendí en la peluquería* (2011), *Permiso de residencia* (2013); y *Pelea de Gallos* (cuentos, 2018), que va por la segunda edición y fue uno de los libros más vendidos de la Feria del Libro de Madrid. Ganó el premio «Hijos de Mary Shelley» (España, 2015) con «¿Quién dicen los hombres que soy yo?», y el premio «Cosecha Eñe» (España, 2016) con «Nam». Seleccionada en 2012 entre «Los cien latinos más influyentes de Madrid», en donde reside desde 2005.

Perros de Chernóbil

Marcela Ribadeneira

*«Is there anything more frightening than people?»
Svetlana Alexievich, *Voices from Chernobyl*.*

«Mi nombre es Legión, porque somos muchos».
Marcos, 5:9

plaga 1

1. f. Aparición masiva y repentina de seres vivos de la misma especie que causan graves daños a poblaciones animales o vegetales, como, respectivamente, la peste bubónica y la filoxera.

Persona 1

Mi sangre era un líquido volátil y veloz, un líquido voraz. Y yo era un envase, un globo al que le inyectaban ese suero sin importar que la piel se le rasgara. Un bosque subcutáneo de capilares rotos salpicaba mi piel. Persona-esponja, persona-recipiente. La sonda entraba por mi nariz. Grité y temblé cuando la empujaron adentro por primera vez, cuando irrumpió con su textura de alga y de músculo y se abrió espacio. Cuando reptó, rasgó y partió. Faringe. Esófago. Estómago. Dejaban de empujar al alcanzar el estómago. Entonces mis órganos se calentaban y la camilla en la que me tenían inmovilizada empezaba a descargar electricidad por todo mi cuerpo. En realidad, no era una camilla. Ni siquiera era algo sólido. Era un colchón flotante de estática, de avispas, de clavos invisibles. Da igual. No pretendo que con mis descripciones se haga un identikit de ellos o de su tecnología. Seis mangueras se desprendían de aquella cosa. Yo solo podía ver las que perforaban mis antebrazos. Eran dos anguilas gordas que se zambullían en mis venas y vomitaban suero hir-

viendo a borbotones. Había un par más enchufadas a ambos lados de mi cuello y otro par a mis pantorrillas. Camilla y suero parecían estar hechos del mismo material. Electricidad sublimada, gas de agujas, vapor de antimateria. Puedo seguir elucubrando sin problema. Nada de lo que yo o ustedes puedan imaginar se acercará a la realidad. Somos microorganismos cultivados por ellos. Predecir sus intenciones sería como resolver ecuaciones con un ábaco. Somos microorganismos y todo el maldito planeta es su placa de Petri.

Persona 2

Verificaban si nuestro ADN estaba listo, si ya había recopilado toda la información evolutiva necesaria para que pudiéramos sobrevivir en el planeta en el que decidieran soltarnos. Es difícil saber si la Tierra fue un objetivo a destruir o si fue la incubadora, el lugar de origen, el invernadero donde ellos hicieron florecer su arma biológica: nosotros. Me lo pregunté muchas veces y lo conversé con los otros. Con los que no estaban apagados. Yo no era la única persona en el quirófano. La mía no era la única camilla. Éramos cientos. Más de cien perros de Chernóbil ahí. Juntos, solos, confundidos, destrozados físicamente por su maquinaria. Pero despiertos. A algunos no nos apagaban. Nunca supimos qué criterios usaban para tratarnos de manera distinta. Después de someternos al procedimiento estándar, de tomar muestras de la flora bacteriana de nuestro tracto digestivo y de lavarnos la sangre, nos despegaban de las camillas y quedábamos libres. Nos quedó claro que para ellos no éramos individuos, éramos células de un mismo tejido. De un tejido creado con un propósito claro. Dejarnos así, libres para deambular por lo que creo que eran algunos días, quizás tenía como objetivo analizar lo que hacíamos cuando había pequeñas concentraciones de nosotros en un ambiente estéril. No lo sé. Es lo único que puedo imaginar que tiene algo de sentido. Ellos no mostraban señas de entender nuestro lenguaje. El quirófano, que parecía un estudio fotográfico

enorme, un sinfín blanco que realmente no tenía fin, estaba lleno de personas de toda raza, que hablaban en varias lenguas, que se miraban con desesperación, con los ojos cargados de preguntas y de incredulidad, de terror. Y así pasaban algunos días. Los apagados se retorcían y sangraban sobre las camillas para luego entrar en un aparente coma. Nosotros recorríamos el quirófano, dábamos vueltas, llorábamos, rezábamos, pero cuando encontrábamos a otra persona que hablara el mismo idioma, creíamos encontrar el cielo. Compartir las emociones, el pánico por ejemplo, puede ser catártico. Pero compartir ideas, eso sí que es una forma de libertad.

Persona 3

Ella nos llamaba «perros de Chernóbil». Decía que si volvíamos a la Tierra nos harían análisis, quizás aún peores que lo que nos hicieron ellos. «Estamos llenos de su mierda», decía. «¿No sienten que su sangre tiene ahora vida propia?» «¿No la sienten recorrer cada palmo de sus venas como si fuera un ejército de hormigas que espera el momento justo para atacar?» Nastia hablaba en español, inglés y ruso, y estaba loca. Solo un loco podría aparentar tanta cordura en una situación como en la que estábamos. «Nadie querrá tocarnos si volvemos a la Tierra, nadie querrá estar cerca de nosotros. Nos llevarán a algún búnker y nos cortarán en pedacitos para analizarnos». Nastia era la única persona que se movía por el quirófano con una familiaridad envidiable, como si las camillas hechas de estática y las algas-sonda fueran la cosa más normal. Andaba semidesnuda. A pesar de que ellos nunca nos quitaron la ropa, varias prendas, dependiendo de su material, a veces se quemaban o se evaporaban después de entrar en contacto con las camillas. «Nadie puede tocar a los perros de Chernóbil, a los descendientes de los perritos que vivían ahí cuando hubo el accidente. Nadie puede tocarlos porque son radioactivos. Los pueden alimentar, pero ellos nunca van a conocer lo que es la caricia de un ser humano». Nastia es-

taba loca y sobreviviría. «¿Adivinan por qué no nos han apagado? Porque saben que no hablaremos». «Somos sus perros de Chernóbil. Nadie podrá tocarnos». «Si lo hacen esparciremos lo que sea que ahora tenemos en nuestra sangre». «¿No lo sienten?» «Estamos activados». Nastia hablaba con todos. Incluso con ellos. Con ellos que, leídos por nuestros cinco sentidos primitivos, eran haces de luz gigantescos, haces que vibraban y nos insertaban sus algas-músculo en las gargantas, y en cuyas camillas muchos de nosotros se desintegraban. A estos últimos, Nastia los llamaba «perros sin pedigrí».

Persona 4

«Efecto invernadero», desde que conocí el quirófano y volví para contarlo, ese término me causa gracia. La humanidad siempre ha tenido una vena profética que ahora me resulta tragicómica. En efecto, estamos en un invernadero. Todo el cosmos que podemos peinar con telescopios, sondas, radares y satélites es estéril y deshabitado. Y es así porque nosotros somos la anomalía. Nos cultivaron. Somos lo que ellos programaron para que se propague y carcoma la corteza terrestre, para que ensucie las aguas y el aire. Ahora que probamos que somos efectivos, que somos un agente contaminante que destruye la materia, ya sea en estado sólido, líquido o gaseoso, ellos han venido por nosotros. Nos calibrarán. Los que ellos consideran que estamos listos para ser soltados y roer otro planeta, viviremos. Los que tienen miedo serán apagados y diseccionados. Hay cosas que ellos aún no entienden de nosotros. Mut me dijo —es más probable que yo me imaginara y no que me lo dijera, porque Mut es uno de ellos y no habla— que el lenguaje es un efecto secundario no previsto de su experimento.

Persona 5

La primera vez que desperté en el quirófano, el miedo me paralizó. Las mangueras penetrando mis brazos, la blancura, el terror en las caras de esos que como yo

estaban siendo examinados sobre aquellos camastros tan extraños. Era el infierno. Ellos, rayos de luz vibrantes. Nosotros, que cada tanto éramos menos. No todos soportábamos el suero con el que nos llenaban. Las mangueras se desprendían de los camastros y de repente vomitaban más de esa cosa dentro de nuestras venas. Algunos no lo soportaban y estallaban. Una humareda púrpura emanaba del pequeño despojo al que quedaban reducidos. Helio y cianuro, eso me imaginaba que era. No sé nada de química, no sé nada de biología. En una situación como esta, hasta el maldito Carl Sagan se hubiese quedado mudo y boquiabierto. La humareda en la que se convertían los cuerpos parecía tener vida, al menos por unos segundos. Se elevaba rápidamente y permanecía sobre el camastro. Se convertía en una nubecita de la cual llovían chorritos de médula, de sangre, de hueso licuado, de metal. Quizás esas esquiras alguna vez fueron aretes, qué se yo. Las cosas que eran inútiles para ellos, eran las cosas que nos identificaban como individuos. Un aro de matrimonio, un piercing, una pulsera. Bum. Cuando un cuerpo explota hace bastante ruido. A veces, esquiras de esos accesorios salían volando y se escuchaba, después del bum, un tintineo.

111

Nastia

Máquina de erosión. Máquina de labrar. Máquina de destrucción. Máquina de navegar. Máquina de moler. Máquina de muerte. Máquina de pescar. Máquina de escalar. Máquina de volar. Máquina de extinción. Máquina de cultivo. Máquina de procesar. Máquina de talar. Máquina de palabras. Máquina de reproducción. Máquina de dolor. Máquina.

Yo soy la máquina. Soy una y soy todos. La máquina que ellos crearon para destruir, para carcomer los frutos maduros del cosmos. Soy todos los jinetes del Apocalipsis. Soy el Apocalipsis, la furia de la creación. Falta poco para que ellos me suelten. Estoy lista. He practicado durante millones de años. Aprendí, perfeccioné mi forma, esculpí mis manos asesinas, mis

dientes-daga, mis ojos-muerte. Me devoré la corteza terrestre y mis exhalaciones tóxicas desmembraron la atmósfera. Lo que hice con los océanos no tiene nombre. Estrangulé especies enteras con mis plásticos, las sofoqué con mi mierda y con su propia sangre. Las corté en pedazos y las apilé dentro de mis buques. Aletas con aletas, hígados con hígados, corazones con corazones. Carbonicé sus pulmones con mis derrames, mi crudo en su garganta y mi hierro en sus escamas. Mi aliento empañó el cielo. Eclipsé la luz. Estoy lista. Pasé la prueba. Funciono. Infecté, gangrené, extinguí. Una costra estéril cubre este planeta y estoy lista para saltar a otro. Para aniquilar. Lo comprendí con ellos y lo acepté. Porque yo soy la máquina y este es mi propósito. Yo soy su máquina. Me soltarán. Su máquina. Su perro de Chernóbil, su virus, quien morderá la manzana, quien revelará a la humanidad su glorioso destino. Yo.

Marcela Ribadeneira. Quito, 1982. Crítica de cine y artista visual. Estudió Dirección Cinematográfica en la *Scuola Internazionale di Cinema e Televisione* (NUCT), en Roma. Ha publicado los cuentarios *Matrioskas* (2014), *Borrador final* (2016) y *Golems* (2018). En el 2016 fue parte de *Ochenteros*, un grupo de 20 escritores que la Feria Internacional del Libro de Guadalajara seleccionó como nuevas voces de la literatura latinoamericana.

Después

Renata Duque

Son amigos, pero de vez en cuando sus lenguas se tocan y la amistad se vuelve un poco más difusa.

- - - - -

Ella tiene momentos de claridad absoluta, de esos que dan ataques de ansiedad.

«¿Qué sentido tiene construir casas, puentes, ciudades, si a la final todo se va a caer en pedazos?» pregunta, después de otro documental post-apocalíptico.

Él se encoge de hombros y cambia de canal, porque hace tiempo aprendió a no contestar ese tipo de preguntas.

Ella tiene momentos de claridad absoluta, y le jode que él no tenga ni uno.

113

- - - - -

Ella hace las compras como quien tiene una pesadilla. Va sin lista y la lógica del supermercado se le escurre entre los dedos. La carne aplasta los tomates que botan jugo sobre el rollo de papel higiénico, el champú hace espuma sobre la funda de pan.

La cajera la mira con desdén y en su mente ella salta sobre la banda deslizante de la caja, baila el moonwalk antes de patearle la cara a la cajera.

En su defecto, le pasa los tomates aplastados y confirma que no, no tiene tarjeta de descuento, y sí, por favor, el pago es en efectivo.

Y piensa inocentemente en como cuando llegue el fin de los tiempos, la cajera será de las primeras en marchar.

- - - - -

Cuando de hecho llega el final, no es como en los documentales. No hay un cartel que dice dos mil años después, así, en negritas, letras blancas sobre fondo negro.

Ella puede ver la matanza desde su ventana, el horror de uñas largas que escarban entre los cuerpos.

No le sorprende en lo más mínimo ser inmune. Ya lo intuía. Antigua maldición china: ojalá te toque vivir en tiempos interesantes.

Cuando las aguas comienzan a subir, él agarra su auto viejo y la obliga a dejar la casa, dejar a sus muertos enterrados en el patio y a sus desaparecidos deambulando las calles. Los científicos se equivocaron. Todo pasa mucho más rápido de lo que pensaban.

Él maneja hacia el interior, alejándose de la costa, que cada vez se les acerca más.

- - - - -

Los pueblos tienen los mismos nombres que siempre han tenido, pero vistos desde este aquí y ahora, suenan a razas de dinosaurio. Todo está en peligro de extinción.

Jujan. Yaguachi. Babahoyo.

Palabras que algún arqueólogo verá como símbolos. Aquí hubo gente. Y aquí. Morazpungo, Quinzaloma, Corazón, indican los carteles, con flechas y todo.

Desde los laterales de la carretera, aún hay gente que los mira pasar. Algunos apuntan sus escopetas viejas, de esas que hacen los armeros en Chimbo. O hacían, que ya es lo mismo.

«Chimbo», repite en voz alta.

Siente un poco de miedo al pensar que tal vez es la última persona que dirá ese nombre.

Cada vez que ella nombra un pueblo, él se sobresalta.

Se están acostumbrando al silencio.

Nadie les dispara, cosa que la sorprende.

«Nadie quiere gastar pólvora en gallinazo», él ofrece.

- - - - -

Mientras más se alejan de la costa, menos gente aparece en el camino. Ella se atreve a bajar el vidrio de su ventana un poquito, y ya siente el aire que comienza a refrescar. Es un viaje que debería tomar un día, pero ya van más de cuatro. Se desvían a cada rato, toman caminos vecinales, se meten a un par de haciendas vacías a buscar comida.

Al menos ya pasaron los arrozales.

Ya vio muchos cuerpos desaparecer hacia la maleza.

«Santo Domingo», dice, con convicción.

De aquí en adelante, todo es subir montaña.

- - - - -

En Tandapi encuentran los restos de una melcocha semi-congelada colgando de un clavo en un portal.

Cien años después del apocalipsis, los pueblos serán fantasmas, decía el narrador del documental ese, hace solo unos meses. Pero era un documental gringo, pensando en tiempos gringos y tierras gringas.

Aquí la tierra es fértil y siempre ha habido césped creciendo entre el pavimento. Han pasado solo un par de semanas desde que la gente se fue y ya la maleza se toma el pueblo.

Las hormigas hacen fiesta con los restos de melcocha.

Los estómagos gruñen y en las casas solo quedan unos cuantos enlatados.

No lo dice, pero él también extraña los tomates aplastados.

- - - - -

Ya camino a la sierra, al menos la carretera no apesta. Los muertos en el frío se descomponen más lento.

Viajan con las ventanas cerradas, para no volver a pasar el susto.

Ella lleva un rasguño nuevo, pero da lo mismo. Ser inmune es ser inmune. Hace un mes, después del

primero, ya se despidió y esperó a la muerte. Cuando no le llegó, pensó en invitarla, pero le dio miedo.

Ahora que hay más gente del otro lado que de este, tal vez no sea tan mala idea.

Él tiene la piel intacta todavía, un brazo más oscuro que el otro. Ella comienza a odiarlo un poco más.

Ya no se marean en la carretera.

- - - - -

Hay vacas cruzando por el asfalto sin guía, buscando en sus instintos lo que desaprendieron en las haciendas.

Ella siente una enorme simpatía por las vacas.

A la salida de otro pueblito, pasan al lado de una familia que camina despacio, madre con hijos a cuestas y un padre guiando el camino. Sobrevivientes, tal vez. Futuras víctimas, probablemente. Los niños miran el auto con curiosidad, probablemente el primer auto en movimiento desde que comenzó la locura.

116

Más adelante, él detiene el carro cerca de una camioneta abandonada.

Los autos parados siempre tienen algo de gasolina, aunque ya parezcan chatarra, y uno de los dos tuvo la buena idea de robar un pedazo de manguera a la salida de Jujan.

Ya no importa cuál de los dos.

En este Lada viejo con olor a sudor y gotas de sangre, ya están comenzando a volverse uno. Si hablasen, podrían completarse las oraciones.

- - - - -

Ya están casi a la entrada de la capital cuando lo ven.

Un gato, un niño, uno muerto, uno vivo, uno sobreviviente, uno comida.

Realmente da lo mismo cuál es cuál.

Él vomita hacia el despeñadero, agua y bilis.

A ella le sorprende un poco no sentir asco.

Sabe que tal vez nada la vuelva a sorprender.

- - - - -

En las calles empedradas de la parte más alta de la capital encuentran una pistola cargada. Está atascada entre adoquín y adoquín. Ella jala hasta soltarla.

Han subido hasta esta parte de la ciudad con una costumbre más bien turística.

En la plaza de la catedral, los muertos están de rodillas.

El auto sufre cuando arranca, pero sigue andando.

Nunca pensaron poder llegar hasta aquí, y ahora no saben a donde más ir.

- - - - -

Él tenía parientes en la ciudad, ahora tiene una casa vacía con tazas rotas y algo de comida en un refrigerador que ruge.

La electricidad milagrosamente funciona aún, pero no durará mucho.

En esta ciudad andina hace frío, falta el oxígeno y cada respiración quema.

Hay una pregunta que está suspendida en el aire, sobre sus cabezas. Es la pregunta que luego se posa entre los dos en una cama. Pero él tarde o temprano se duerme, siempre sin preguntar.

No importa. Ella responde igual.

«Todavía no», susurra.

La pistola cargada brilla en el velador.

- - - - -

En la mañana cogen el carro y van hacia el río. Ya la radio no transmite nada más que lluvia y música de los ochentas. Ella imagina un DJ muerto sobre un teclado, eternamente presionando play.

El silencio es más reconfortante.

Esperan caminantes, hombresmujeresniñossobrevivientes, todos enfilados buscando un mejor lugar. Esperan ver nómadas, otros, algunos, alguien. La ci-

vilización siempre busca agua, recuerda, de algún libro.

Hay un perro callejero que se tambalea, su estómago lleno. Lo que más hay es carne de carroña, y el perro ni se inmuta cuando los ve.

«Y si regresamos?» pregunta ella.

Pero si los documentales estaban de acuerdo en algo, era en lo siguiente: las costas se van primero, y para regresar tendría que aprender a nadar.

- - - - -

El susto llega una mañana, mientras ella se ducha con el agua helada. Como siempre, las cosas suceden cuando ya no las espera.

Ella sale envuelta en una toalla y lo encuentra sentado sobre la cama. Su brazo gotea sangre con demasiada calma.

«Estaba afuera», dice él. Las gotas caen en la sobrecama, flores multicolores teñidas de rojo.

No ser inmune es no ser inmune. Ya siente que le ha cambiado el color de la piel y sabe que hay dos opciones. Ninguna es particularmente atractiva.

Y ella piensa, no todavía.

- - - - -

Llevan casi un mes tomando decisiones simples, izquierda o derecha, matar un pollo o abrir una lata oxidada de menestra, dormir o desvelarse vigilando, carretera o camino vecinal.

Ella tiene momentos de claridad absoluta, de esos que le retuercen las entrañas y le dan arcadas. Le jode que, por primera vez, él también los tenga.

Su olor cambia y su piel se torna ceniza. Aún la mira con la certeza de que hay algo entre ellos que no se ha dicho, pero que ya ha olvidado y que, de todas formas, no importa. Esta vez, cuando sus lenguas se tocan, hay un leve sabor metálico y la amistad se vuelve más tangible.

En la montaña, enmarcada por la ventana, un incendio se propaga de una casa a la siguiente.

«¿Ya?» pregunta él.
Ella asiente. Apunta.

- - - - -

Ella odiaba las clases de geografía del colegio, y siempre ha tenido una excelente retentiva para las cosas que odia. Los ríos nacen en las montañas y caen, caen, caen, arrastrados por la gravedad, hasta llegar a la costa.

Un perro la mira atentamente mientras ella entra al río, descalza. Sus manos empujan el agua helada y la corriente la empuja a ella. No es una pelea que alguien va a ganar.

Ella dice «Perro».

El perro ladra.

El documental hablaba también sobre los animales domésticos. Pronto (trescientos años, decía el documental; par de meses, piensa ella) todos se convertirán en animales salvajes. Entonces le tocará decidir si ser elefante o domadora de elefantes.

Podría escribir, construir, buscar, hacer. Podría llevar a costas todas las vidas que quedaron al borde de la carretera, arrastrar consigo las certezas que tenía, crear de la nada un fragmento de civilización con bordes irregulares y cortopunzantes.

Se zambulle en el agua.

Tal vez hoy aprenda a nadar.

- - - - -

A veces piensa en él, con la misma convicción con la que recuerda los tostitos y los aires acondicionados.

«Hombre», dice, en voz alta.

Cree que alguna vez existió.

Renata Duque. Guayaquil, 1981. Egresada de la EICTV. Actualmente vive en Quito, donde trabaja como asistente de dirección en cine y publicidad. El cuento elegido para esta selección consta en la antología *Utópica penumbra* (2014), realizada por José Daniel Santibáñez.